

“Fuí más artista que mujer”, declara en una de sus poesías; pero no hay que dar a estas palabras un sentido que no tienen. No ha querido María Eugenia Vaz Ferreira expresar con ellas que el arte fué todo o lo más importante en su vida. Habla sólo de un momento pasajero. En su ficción poética, junto al hombre que ella acaso pudo amar, la artista eclipsó en ella a la mujer, y el arte venció al amor. (Perdónese que altere un poco las cosas: en la *Berceuse* el efecto del arte que vence al amor no es la admiración, sino el sueño; pero de todas maneras, lo que triunfa del amor es el arte). María Eugenia Vaz Ferreira fué muy superior a su obra; no sé encontrar en ésta el encanto singular que tenía su persona. Oírla conversando, tratarla con la amistosa confianza que ella imponía con su natural desenfado, era un deleite continuo. Me parecería una traición a su amistad decir que prefiero a sus charlas, tan amenas siempre, y tan locas a ratos, las composiciones contadísimas que de ella conservo. Yo hubiera querido reconocer en sus versos lo que tan simpática la hacía en su trato: la espontaneidad libre, una alegría franca y reidora, su viva inteligencia, el desprecio de las gentes sin personalidad, el amor de toda grandeza. Su poesía no es ella. Sin duda está hecha con sus mayores entusiasmos; pero no tiene su carácter. Ofrece, a lo más, un poco de lo que la poetisa reservaba encerrado en lo más oculto de su espíritu. Antes me he referido a las raras composiciones en que me parece reconocerla más o menos vaga o indirectamente. ¡Cuán borrosa y pálida entrevemos apenas, en esas poesías, la imagen inolvidable de la que fué entre nosotros María Eugenia Vaz Ferreira! Su arte, su literatura, no fué para ella más que una escapatoria contra el tedio. Desde muy joven debió sentirse asfixiada en el mundo de las personas respetables. No podía reducirse a vivir en el contento de las aparien-